

Carlos Taibo, *Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016, 224 pp.

Dentro de la historia del capitalismo, las últimas décadas están mostrando el momento de cuestionamiento de los límites de su desarrollo. El problema de hasta qué punto el modo de producción capitalista puede seguir operando, desarrollándose y transformándose parece cada vez más acuciante. Y la principal razón de este gran acontecimiento, que no sólo es importante para la esfera de la economía sino también para la de la supervivencia de la humanidad como especie, es que estas últimas décadas están viendo la aparición de numerosas barreras a su expansión.

Los análisis del concepto de progreso que ya Benjamin llevara a cabo en los años 30 del siglo pasado hoy se empiezan a convertir en realidad. Desde múltiples enfoques, perspectivas y problemáticas se empieza a cuestionar un dogma que no sólo pertenece al capitalismo, sino a la Modernidad en general: la naturaleza, cuya representación como gran almacén de materias primas destinadas a la explotación y transformación en medios de subsistencia por parte de la mentalidad productivista del siglo XIX, parece empezar a mostrar signos de agotamiento. Por todas partes se habla de la limitación de las reservas mundiales de petróleo y minerales que tan importantes son para la continuación normal de la producción.

Este nuevo escenario, que parece empezar a imponerse en la opinión pública, supone el desplazamiento del proyecto de emancipación del marxismo desde la formulación positiva de una sociedad igualitaria y de mayor justicia social, la cual tendría, o podría, acabar en una sociedad sin clases, a un escenario que es casi su contrario: el de la amenaza ya no solo de la continuidad de la producción sino de la propia supervivencia. Lo que empieza a ponerse en juego en esta situación contemporánea es un conjunto de problemas que, en última instancia, dejan obsoletos todos los proyectos de organización social racional y justa, incluyendo la hegemonía actual de la democracia representativa y del capitalismo liberal de mercado. De lo que se trata hoy es de pensar la cuestión de la supervivencia de la especie humana como tal.

Por este motivo, el enfoque ecologista ha llegado a cobrar una importancia tan esencial en el conjunto de problemas de las sociedades contemporáneas. No obstante, y de un modo mucho más concreto, es la aparición del cambio climático el verdadero hecho científico que ha venido para quedarse ya no como una posibilidad teórica entre otras, sino como un destino cada vez más inexorable hacia la limitación de la vida humana en el planeta Tierra. Sin embargo, sin adoptar una postura catastrofista, la cual no llevaría a ninguna parte, *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo* plantea todo este conjunto de problemas pero dentro de un enfoque muy determinado: el cambio climático, y todo el conjunto de procesos materiales (ecológicos, sociales, políticos, económicos, etc.) que se incluyen dentro de él, no son simplemente el objeto de estudio de una disciplina social. Más bien, y este es el mayor mérito del libro, la transformación paulatina de los ecosistemas debido al au-

mento sistemático de la temperatura terrestre es un asunto que afecta, precisamente, a esos mismos objetos materiales en los que puede descomponerse. Dicho de otro modo: si a mitad del siglo XIX Marx entendió que la economía política clásica, y su crítica, eran el campo desde el cual explicar toda la sociedad de su tiempo, hoy ese campo parece ser el de la perspectiva ecológica, el conjunto de procesos a nivel del medio ambiente que, cada vez más, afectan a nuestro futuro como humanidad. Y *Colapso* parte justamente de este nuevo escenario social.

A diferencia de la crítica de la economía política de Marx, el libro de Carlos Taibo no parece tener un final feliz. Si, precisamente, su mérito es partir de la realidad de la crisis ecológica actual, no tendría sentido vender una solución feliz para ésta. Ni siquiera sería realista explicar un tipo de solución detallada. Por eso precisamente, el propio título del libro es ya una declaración de intenciones: el texto intenta explicar en qué sentido nos dirigimos hacia un callejón sin salida en el que dicha crisis ecológica no hará más que agudizarse, afectando a todas las esferas de la sociedad. Como no podría ser de otra manera, el libro intenta explicar desde el principio en qué consiste el colapso, que significa este concepto, las diversas definiciones que se le han dado, etc. (pp. 22-38). Más concretamente, el momento más interesante de esta explicación es la mención a varios episodios en la historia en los que ya se han dado procesos de colapso. Se destacan dos: el colapso de la primavera de 1940 durante la conquista nazi de Francia (pp. 44-47) y el hundimiento de la Unión Soviética (pp. 47-51).

Lo interesante de estos dos ejemplos históricos es, precisamente, su efectividad. Cuando Taibo pone en circulación este concepto no lo hace como una especie de defensor pesimista del fin de la historia de la humanidad, entendida aquí no en el sentido de una realización plena de la racionalidad occidental al modo de Fukuyama, sino como el fin de la especie humana, como una categoría histórica que hace referencia a acontecimientos ya ocurridos. Así, otra vez, se da el aviso de que lo ya ocurrido puede volver a pasar. Uno de los elementos diferenciales del escenario que se describe en el libro es la responsabilidad humana en la aparición del colapso. Esta idea, que se ha popularizado bajo el nombre de “antropoceno”, no es más que el proceso en el cual la explotación de los recursos naturales ha llegado a un punto de no retorno en el cual los picos de producción ya habrían sido alcanzados, quedando ahora nada más que una peligrosa cuesta abajo.

Dentro del conjunto de efectos de la producción destaca, sin duda alguna, el cambio climático. Taibo explica muy bien cómo ha aparecido este fenómeno global, así como el negacionismo que ha venido a combatirlo en las últimas décadas, además de la aparente imposibilidad de luchar contra él al haber llegado a un grado de deterioro de la atmósfera que hace imposible la vuelta atrás (pp. 53-62). Otro factor, casi tan importante como el del cambio climático, es el agotamiento de las materias primas. Si bien el calentamiento global parece no estar teniendo un impacto directo en una concienciación política y social como amenaza real para la supervivencia de la especie, la progresiva escasez de materias primas sí que lo está haciendo. A pesar de que es un tema poco tratado en los medios de comunicación, incluso dentro de la literatura científica más importante, lo cierto es que éste sí supone un límite claro para la vida en el planeta. Por poner un ejemplo, la limitación de la producción de petróleo, gas natural o hidroelectricidad es un paisaje que, según la mayoría de expertos, viviremos entre los años 2020 y 2050. Dicho con otras palabras: en poco más de 30 años, la actual población de la Tierra se tendrá que enfrentar a uno de los cambios civilizatorios más importantes desde la Revolución Industrial (pp. 62-103).

Este es el escenario a partir del cual es urgente repensar el modo en el que existen las sociedades ricas occidentales. Por eso, Taibo explora el conjunto de problemas a los que tendremos que enfrentarnos en las próximas décadas, como la relación entre el colapso ecológico y las crisis financieras (pp. 105-110) o la relación entre conflictos bélicos y conflictos ecológicos (p. 107 y ss.). Una de las principales consecuencias de este escenario seguro es que pone en cuestión un concepto que ya Benjamin criticó en los años 30 del siglo pasado como el eje vertebrador del fascismo y del comunismo: el mito del progreso. La limitación de la producción de energía pone en entredicho en el presente la posibilidad de seguir hablando de progreso como un valor seguro de la Modernidad. Si tanto el marxismo como casi todas las ideologías de la izquierda, y muchas de la derechas, han entendido el progreso como un proceso infinito hacia el futuro, con la necesidad de adaptarnos a una sociedad con una cantidad de energía disponible muy limitada, estas ideologías tendrán que ser abandonadas más pronto que tarde por estar situadas en un mundo cuyas posibilidades materiales ya impiden hablar de progreso. La limitación de la energía disponible será el auténtico final de la historia de las ideologías (pp. 111-114).

Este derrumbe del progreso abre el escenario incierto del postcolapso. Taibo intenta imaginar cómo será esa sociedad del futuro más cercano. Identifica cinco elementos fundamentales de este nuevo panorama: una naturaleza en convulsión (pp. 118-119), en la cual la huella del ser humano sería cada vez menor al no quedar ya nada por explotar; la falta de energía como factor clave de la transformación social (pp. 119-121); la centralización política y tecnológica, al desplazarse el eje de las relaciones sociales desde la producción a la gestión de la poca energía disponible (pp. 121-124); la crisis del Estado como institución centralizadora, lo cual abriría la posibilidad de nuevas formas horizontales de organización política (pp. 124-126) y la aparición de la violencia como factor presente en las luchas por la energía (pp. 126-127).

En este escenario destaca la necesidad de una reruralización de la sociedad, es decir, la vuelta a una agricultura de subsistencia y una producción dedicada al consumo y no a crear mercancías (pp. 129-136). En segundo lugar, las ciudades dejarán de ser el centro de la vida social, ya que éstas están absolutamente determinadas por el consumo de energía. Sin ésta, transportes, instituciones y trabajos quedarían absolutamente transformados por este nuevo escenario de escasez energética (pp. 130-139). Pero el libro de Taibo no se conforma con explicar un futuro cercano más que desesperanzador. Intenta explorar las alternativas que se pueden pensar desde el presente como probables para ese futuro escenario del postcolapso. Estas pasarían por volver a tecnologías que hoy están en desuso y disminuir la dependencia de la tecnología actual (pp. 149-153), la desaparición del dinero (p. 155) y la transformación de las relaciones sociales (pp. 156-158).

A una escala mayor, sin embargo, el postcolapso presenta dos posibilidades muy diferentes, las cuales pueden determinar nada menos que el futuro de las sociedades humanas. Por una parte, que es la opción por la que apuesta Taibo, un escenario de escasez de energía podría llevar a nuevas relaciones sociales basadas en el apoyo mutuo y la cooperación, así como a la autogestión y la democracia directa de las decisiones sociales. Las relaciones humanas se volverían mucho más cercanas, desprovistas de la mediación del Estado y del mercado (pp. 156-161). Presentar una de las posibilidades de configuración social del postcolapso de esta manera parece confirmar las teorías que ven en el anarquismo un tipo de teoría y práctica social que

sólo es posible dentro de un contexto de escasez material. En este caso, sería la escasez energética la que produciría como consecuencia lógica dicha escasez material, que sería la base para la aparición de relaciones sociales basadas en el apoyo mutuo y la solidaridad.

El problema de plantear esta posibilidad es que el anarquismo se vería confirmado como una teoría y práctica de la configuración material de la sociedad que sólo sería posible en un contexto de falta de alternativas, es decir, en un escenario en el que el apoyo mutuo sería la única vía para que ningún miembro de la sociedad estuviera en riesgo de muerte. La subsistencia sería el principio social a través del cual la sociedad anarquista sería posible sólo a través de la falta de libertad, sustituyendo ésta por la más absoluta necesidad. No se trata de un fallo de la forma de plantear el problema por parte de Taibo. La cuestión aquí es que resulta efectivamente mucho más verosímil plantear la posibilidad de una sociedad igualitaria, horizontal y despatriarcalizada en un contexto de postcolapso que en un contexto como el actual, en el cual la posibilidad de un crecimiento infinito, y de la ideología que lo defiende, elimina de cualquier forma la existencia del anarquismo como práctica posible de ordenamiento social.

Para contrarrestar este posible prejuicio ideológico, Taibo introduce el concepto de “ecofascismo” para explicar la otra alternativa para evitar el colapso. Esta nueva forma de fascismo, que en realidad no es tan nueva porque se podría retrotraer incluso al nazismo (pp. 178-182) consistiría en la necesidad de la reducción obligatoria de la población como forma de poder seguir manteniendo los niveles de consumo de energía actuales, con lo cual el problema del colapso podría retrasarse en el tiempo, incluso llegando a la posibilidad de que se equilibrase la relación entre producción y consumo de energía. El ecofascismo introduce una idea interesante como es la del problema de la población. De hecho, el mismo problema del colapso parece poder reinterpretarse desde este punto de vista: ¿el problema reside en la limitación de la producción de energía y de los combustibles fósiles, o es, más bien, la relación entre producción y consumo de energía la que constituye el verdadero problema? Toda sociedad tiene una capacidad determinada de producción de energía en relación al grado de desarrollo tecnológico y de disposición de materias primas. ¿Sería posible que, uniendo estos dos factores, se conjurara la posibilidad del colapso? Esta pregunta abre otra que es aún más inquietante: ¿y si el problema de la especie humana no fuera el de la cantidad de energía que consume sino el de la cantidad de habitantes de un planeta que tiene limitadas capacidades de extracción de energía? Esta pregunta conectaría con dos problemas teóricos que han sido fundamentales a lo largo de los dos últimos siglos.

En primer lugar, uno de los problemas que Marx identifica como clave de la Modernidad es el freno que las relaciones sociales capitalistas ponen a las posibilidades tecnológicas de producción de riqueza, es decir, el clásico esquema de la dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones de producción. El problema del colapso, y más específicamente el problema de la población, supone una crítica en actos a esta posición. Si los análisis de Taibo son correctos, nada sería más inútil para la filosofía, la ciencia política y la ecología que pensar que el modelo de emancipación es el de una aceleración todavía mayor de la capacidad productiva del capitalismo. Los límites de la producción de energía no serían más que los límites del comunismo, el cual, como casi siempre se olvidó de recordar el socialismo real, sólo es posible a partir de una sociedad de la abundancia.

En segundo lugar, el problema de la población también supone otra crítica en acto al humanismo ilustrado, el cual ha llegado hasta nuestros días en la forma de la preocupación en los países occidentales por la baja tasa de natalidad. Aquella ideología de defensa de la dignidad humana, por encima incluso de la divina, se vería desmentida en este contexto material e histórico por la posibilidad de que dicha dignidad fuera una amenaza para la propia supervivencia de toda la especie. Sin caer en postulados eugenésicos, del análisis de Taibo parece desprenderse que solo existen dos alternativas, las cuales parten de la absoluta necesidad del colapso del consumo de energía actual: por un lado, la vuelta a sociedades basadas en la solidaridad y en la dignidad humana como valores que estarían por encima de una competitividad e individualismo difícilmente compatibles con la mera supervivencia; por otro, la disminución parcial de la población mundial a consecuencia de dicho cambio brusco en las condiciones de vida y consumo.

No obstante, ambas alternativas ponen en el centro el problema de la población, el cual pocas veces ha sido tratado desde una perspectiva anarquista, precisamente por el componente inamovible de éste de la dignidad de todo ser humano. Ahora bien, sin quererlo Taibo está poniendo encima de la mesa dos cuestiones que, probablemente, sean las más importantes a las que se tenga que enfrentar el pensamiento emancipador en las próximas décadas: el problema de la población, relacionado con una sociedad de la escasez en la que, probablemente, no exista riqueza material para garantizar la supervivencia de la población mundial; y el problema de la emancipación, que básicamente tendrá que ser desterrado como una mera ilusión basada en el mito del progreso ilimitado. Por este motivo, *Colapso* es un texto tan importante: no sólo expone el futuro más cercano para el modo de vida en el planeta, lo cual por sí solo tendría que ser un mérito gigantesco de este libro, sino que además presenta una serie de problemas que desplazan completamente el foco de los proyectos de emancipación que se vienen pensando, y ensayando, desde el siglo XIX. A partir de ahora, no queda otra alternativa que empezar a pensar nuestro futuro desde este escenario que se presenta aquí.

Cristopher Morales Bonilla